

para orientarse, como el navegante, en unos mares sin orillas visibles, y adivinar en qué punto de los tiempos vive y á qué manifestacion de verdad y de divinidad llama Dios á la generacion de que forma parte!

Balbeck, 29 de Marzo, á media noche.

Ayer fuí solo á la colina de los templos, á la luz de la luna, á pensar, llorar y hacer oracion. Dios sabe lo que lloro y lo que lloraré mientras me queden un recuerdo y una lágrima. Despues de haber rogado por mí y por los que forman parte de mí, he rogado por todos los hombres. Aquella gran tienda derribada de la humanidad, sobre cuyas ruinas estaba sentado, me inspiró sentimientos tan enérgicos y ardientes, que casi espontáneamente se ecshalaron en versos, lenguaje natural de mi pensamiento, siempre que mi pensamiento me domina.

Esta mañana los escribí en el sitio mismo y en la piedra donde los sentí anoche:

## VERSOS

### ESCRITOS EN BALBEK.

Desiertos misteriosos,  
 Cuyas anchas colinas son los huesos  
 De pueblos, cuyo nombre ha perecido;  
 Colosales peñones  
 Que ha arrastrado el torrente de las ruinas;  
 De un pueblo, inmenso cause desecado;  
 Templos que, como un árbol, las montañas  
 Desarraigado habeis, para que fueran  
 Vuestros firmes cimientos;  
 Timas donde cabrian  
 Rios enteros; altas columnatas  
 Esparcidas sin orden por el suelo;  
 Profundas calles de arcos y pilares  
 Donde como el seno de las nubes,  
 Se pierde la luz clara de la luna;  
 Capiteles que ofuscan mis miradas;  
 Inmensos caracteres estampados  
 Del globo en la corteza,  
 Solo para tocaros con la mano,  
 Solo para sondar vuestros misterios,  
 Un viagero ha venido de Occidente!



Cien veces el camino que su nave  
 Ha seguido en las olas,  
 Desplegó sus variados horizontes!  
 A la ventura abandonó su vida.  
 Y desgastó sus piés trepando montes;  
 Los ardores estivos  
 La lona de su tienda han abrasado.  
 Sus hermanos y amigos  
 Se consumen cansados de esperarle,  
 Y si algun día á sus hogares vuelve,  
 Ni su voz ni su mano  
 Podrá reconocer su mismo perro.  
 En su camino el mísero ha perdido  
 La estrella de sus ojos, la querida  
 Hija que en sus hogares  
 Vida y luz esparcía!... sin memoria  
 Morirà, morirà sin descendencia!...  
 Y aquí ahora sentado entre estas ruinas  
 Oye solo del viento el silvo triste;  
 Su frente un peso insoportable abrumba  
 Y su pecho sofoca;  
 El pensamiento, el corazon han muerto!

Lo que sigue es demasiado íntimo.

La misma fecha.

Depues de transmontar las cumbres de Sannin, cubiertas de nieves eternas, bajé del Líbano, coronado de su diadema de cedros, al pelado y estéril desierto de Heliópolis, al fin de una larga y penosa jornada. En el horizonte todavía distante, en las últimas gradas de las negras montañas del Anti-Líbano, un grupo inmenso de ruinas amarillas dorado por el sol poniente, se destacaba de la sombra de las montañas y repercutaba los rayos de la tarde. Nuestros guías nos le señalaban con el dedo y exclamaban ¡Balbek! ¡Balbek! Era en efecto la maravilla del desierto, la fabulosa Balbek que salia toda esplendente de su sepulcro desconocido, para hablarnos de unos siglos cuyo recuerdo ha perdido la historia. Auanzábamos lentamente al paso de nuestros caballos fatigados, fijos los ojos en las gigantescas paredes, en las deslumbradoras y colosales columnas que parecia que iban agrandándose à medida que nos acercábamos; un profundo silencio reinaba en toda nuestra caravana; cada cual hubiera temido perder una impresion de aquella hora comunicando la que acababa de tener. Los mismos árabes callaban, y parecia que recibian tambien un fuerte y grave pensamiento de aqual espectáculo que nivela todos los pensamientos. En



fin, llegamos á los primeros fragmentos de columnas, á los primeros pedazos de mármol que los torrentes han sacudido hasta á mas de una milla de los monumentos á que pertenecieron, como las hojas secas arrastradas lejos del árbol despues del huracan; las profundas y anchas cantera que hienden, como gargantas de valles, las negras laderas del Anti-Líbano, abrian ya sus abismos bajo los piés de nueetros caballos; aquellos vastos boquerones de piedra, cuyas paredes conservan las profundas huellas del cincel que los abrió para sacar de ellos otras colinas de piedra, mostraban todavía algunos otros peñones gigantescos medio desprendidos de su base, y otros labrados en sus cuatro caras y que no esperan mas que los carros ó los brazos de las generaciones de gigantes para removerlos. Uno solo de aquellos cantos de Balbek tenia sesenta y dos piés de largo sobre veinticuatro de anchura y diez y seis de espesor. Uno de nuestros árabes, apeándose de su caballo, se dejó resbalar dentro de la cantera y, trepándose sobre aquella piedras, agarrándose á las entalladuras del cincel y á los musgos que crecen en ellas, subió sobre aquel pedestal y corrió de un lado á otro sobre aquella plataforma dando gritos, pero el pedestal aniquilaba con su mole al hombre de nuestros dias; el hombre desaparecia delante de su obra; se necesitaria la fuerza reunida de sesenta mil hombres de nuestros tiempos solo para levantar aquella piedra,—y las

plataformas de Balbek sostienen algunas mas colosales todavía, elevadas á veinticinco ó treinta pies del suelo, para sustentar columnas proporcionadas a aquellas bases.

Seguimos nuestro camino, entre el desierto á la izquierda y las ondulaciones del Anti-Líbano á la derecha, atravesando algunos campos cultivados por los árabes pastores y el cauce de un ancho torrente que serpea entre las ruinas y en cuya orilla se alzan algunos hermosos nogales. El Acrópolis, ó la colina artificial que sostiene todos los grandes monumentos de Heliópolis nos aparecia, aquí y allá, entre las ramas y sobre las copas de los árboles; en fin, la descubrimos en su totalidad y toda la caravana se paró, como por un instinto eléctrico, Ninguna pluma, ningun pincel podrian describir la impresion que aquella sola mirada produce en los ojos y en el alma. Bajo nuestros piés, en el cauce del torrente, en medio de los campos, alrededor de todos los troncos de árboles, veiamos enormes pedazos de granito rojo ó gris, de pórfido sanguíneo, de mármol blanco, de piedra amarilla tan reluciente como el mármol de Paros;—fragmentos de columnas, capiteles cincelados, arquitraves, volutas, cornisas, entablamentos, pedestales;—miembros esparcidos; y que parecen palpitantes, de las estátuas caidas, —todo esto confuso, hacinado; disperso y fluyendo por todas partes como las lavas de un volcan que



vomitase los restos de un grande imperio; apenas se hallaba un sendero para deslizarse entre aquellas barreduras de las artes que cubren todo el suelo. Las herraduras de nuestros caballos resbalaban y se rompian á cada instantes en los lisos acantos de las cornisas, ó en el nevado seno de un torso de muger; solo el agua del rio de Balbek se abria paso entre aquellos fragmentos y lavaba con su murmurante espuma aquellos rotos mármoles que oponen un obstáculo á su corriente.

Mas allá de aquellas espumas de despojos que forman unos verdaderos méganos de mármol, está la colina de Balbek, plataforma de mil pasos de longitud y de setecientos de anchura, construida todo por mano del hombre con piedras labradas, algunas de las cuales tienen de cincuenta á sesenta piés de longitud sobre quince ó diez y seis de elevacion, pero la mayor parte de quince á treinta. Aquella colina de granito tallado se presentaba á nosotros por su estremidad oriental con sus profundas bases, y sus inconmensurables moles, donde tres pedazos de granito forman ciento ochenta piés de estension y cerca de cuatro mil de superficie; con las anchas embocaduras de sus bóvedas subterráneas, donde se precipitaba el agua del rio, donde el viento arrojaba, con el agua, murmullos semejantes á los lejanos repiqueteos de las campanas mayores de nuestras catedrales. Sobre

aquella inmensa plataforma, la estremidad de los grandes templos se mostraban á nuestros ojos, destacada del horizonte azul y rosado, ó de color de oro. Algunos de aquellos monumentos desiertos parecian intactos y hubiera podido creerse que acababan de salir de manos del obrero; otros no presentaban mas que restos todavía en pié, columnas aisladas, paredes inclinadas y frontis desmantelados; la vista se perdia en las esplendentes hileras de las columnatas de aquellos diversos templos, y el horizonte, demasiado elevado, nos impedia ver donde acababa aquel pueblo de piedra. Las seis gigantescas columnas del gran templo, sobre las cuales se alzaba todavía su rico y colosal entablamento, dominaban toda aquella escena, y se perdian en el cielo azul del desierto, como un altar aéreo para los sacrificios de los gigantes.

Solo nos detuvimos algunos minutos para reconocer únicamente lo que íbamos a visitar arrojando tantos peligros y distancias; y seguros en fin de poseer, para el dia siguiente, aquel espectáculo que no podian presentarnos ni aun los sueños, proseguimos nuestro camino. La tarde se acercaba; era preciso buscar un asilo, ó bajo la tienda, ó bajo algunas bóvedas de aquellas ruinas, para pasar la noche y descansar de una jornada de catorce horas. Dejamos á la izquierda la montaña de ruinas y una espaciosa playa, toda blan-



queada con fragmentos de mármoles, y, cruzando algunos herbosos prados, pastados por las cabras y los camellos, nos dirigimos hácia una columna de humo que se alzaba á unos cien pasos de nosotros de entre un grupo de ruinas interpoladas con algunas chozas árabes. El suelo era desigual y montuoso, y resonaba bajo las herraduras de nuestros caballos como si los subterráneos que pisaban fuesen á entreabrirse bajo sus piés. Llegamos á la puerta de una cabaña baja y medio tapada por las paredes de mármol degradadas, y cuya puerta y angostas ventanas, sin vidrios ni maderas, estaban construidas con mármol y pórfido, mal pegados entre sí con un poco de argamasa. Un pequeño arco diagonal de piedra se elevaba á cosa de uno ó dos piés sobre la meseta que servia de techo á aquella vivienda; y una campanita, semejante á la que se pinta sobre las grutas de los hermitaños, se mecía en ella á impulso de las bocanadas del viento;—aquel era el palacio episcopal del obispo árabe de Balbek, que vigilaba, en aquel desierto, un escaso rebaño de doce á quince familias cristianas, de la comunión griega, perdidas en medio de aquellas soledades y de la tribu feroz de los árabes independientes de Bka. Hasta entonces no habíamos visto ningun ser vivo, mas que los chacales que corrian entre las columnas del gran templo, y las pequeñuelas golondrinas, de collar de seda rosada, que ceñían, como un ornato de arquitec-

tura oriental, las cornisas de la plataforma. El obispo, prevenido por la bulla que metia nuestra caravana, acudió al instante, y saludándonos desde su puerta, me ofreció la hospitalidad. Era el obispo un anciano de hermosa presencia; tenia el cabello y la barba blancos como la plata, una fisonomía grave y dulce, un metal de voz y un modo de hablar noble, suave y armónico: era, por último, enteramente semejante a la idea del sacerdote en el poema ó la novela, y digno en todo, de mostrar su semblante lleno de paz, de resignacion y de caridad en aquella solemne escena de ruinas y meditaciones. Hízonos entrar en un pequeño patio interior, empedrado tambien con pedazos de estatuas, de mosaico y de jarrones antiguos, y entregándonos su casa, es decir, dos cuartitos bajos, sin muebles ni puertas, se retiró y nos dejó, segun la costumbre oriental, dueños absolutos de su vivienda. Mientras que nuestros árabes clavaban en el suelo, alrededor de la casa, las clavijas de hierro, para atar a ellas con argollas las piernas de nuestros caballos, y encendian otros una hoguera en el patio para disponernos el piló y cocer las tortas de cebada, salimos para echar una segunda mirada sobre los monumentos que nos rodeaban. Los grandes templos estaban delante de nosotros, como estatuas sobre sus pedestales; el sol los heria con un postrer rayo vagaroso, que se retiraba lentamente



de una a otra columna, como el resplandor de una lámpara que el sacerdote se lleva al fondo del santuario; las mil sombras de los pórticos, de los pilares, de las columnatas, de los altares, se extendían sobre la vasta selva de piedra, y reemplazaban poco á poco, en el Acrópolis, las vivas claridades del mármol y del jaspe; mas léjos, en la llanura, veíase un océano de ruinas que no se perdía sino en el horizonte;—parecía aquella una marejada de piedra estrellándose en un arrecife y cubriendo una inmensa playa con su blanca espuma. Nada se alzaba encima de aquella mar de ruinas; y la noche que caía de las alturas, ya pardas, de una cordillera de montañas, las sepultaba sucesivamente en su sombra. Algunos instantes estuvimos sentados silenciosamente delante de aquel espectáculo, y luego volvimos, con lentos pasos, al pequeño patio del obispo, alumbrado por la hoguera de los árabes.

Sentados en algunos fragmentos de cornisas y de capiteles que servían de bancos en el patio, despachamos rápidamente la sóbria comida del viagero en el desierto, y estuvimos un rato conversando, antes de dorminos, acerca de lo que llenaba nuestros pensamientos. La hoguera se iba apagando, pero la luna se alzaba llena y espléndida en el límpido cielo; y pasando por entre los recortes de una gran pared de piedras blancas, y los menudos en-

cajes de un agimez arabesco, que limitaban el patio por el lado del desierto, iluminaba el recinto con una claridad que irradiaba sobre todas las piedras. Al cabo todos quedamos silenciosos y pensativos; lo que pensábamos en aquella hora, en aquel sitio, tan lejos del mundo vivo, en aquel mundo muerto, en presencia de tantos mundos testigos de un pasado desconocido, pero que echa por tierra todas nuestras mezquinas teorías de historia y de filosofía de la humanidad; lo que pasaba entonces en nuestras cabezas y en nuestros corazones, solo Dios lo sabe, y nuestras lenguas no probaban à decirlo; hubieran temido profanar la solemnidad de aquella hora, de aquel astro, y aun de aquellos pensamientos;—por eso callábamos. De repente, como una dulce y amorosa queja, un murmullo grave y acentuado por la pasión salió de entre las ruinas, detras de aquella gran pared coronada por arcos diagonales y cuyo techo nos había parecido á punto de desplomarse; aquel vago y confuso murmullo fué creciendo y prolongándose mas y mas, y al cabo percibimos un canto formado por muchas voces en coro,—canto monótono, melancólico y tierno, que subía, bajaba, moría y renacía alternativamente y se respondía á sí mismo:—era la oracion de la tarde que hacia el obispo árabe con su pequeña grey, en el ruinoso recinto de lo que había sido su iglesia, montones de ruinas



recientemente hacinados por una tribu de árabes idólatras. Nada nos habia preparado a aquella música del alma, cada nota de la cual es un sentimiento ó un suspiro del corazon humano, en aquella soledad, en el fondo de los desiertos, saliendo de aquella suerte de las mudas piedras, acumuladas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Sobrecogidos quedamos todos, y acompañamos con las aspiraciones de nuestro pensamiento, de nuestra oracion y de nuestra poesía interior, los acentos de aquella santa poesía hasta que las letanías cantadas apuraron su monótono estribillo, y se apagaron los últimos suspiros de aquellas piadosas voces en el acostumbrado silencio de aquellas antiguas ruinas.

La misma fecha.

Los templos nos han hecho olvidar el djerid que queria darnos el príncipe de Balbek; toda la mañana hemos pasado recorriéndolos de nuevo. A las cuatro han venido algunos árabes á avisarnos que los ginetes estaban en el llano contiguo á los templos, pero que impacientes por nuestra tardanza iban á retirarse; que el príncipe creia que aquel espectáculo no era de nuestro agrado, pues diferiamos acudir á él, y que nos suplicaba que subiésemos á

su serrallo luego que hubiésemos satisfecho nuestra curiosidad, pues nos preparaba en su palacio otra diversion. Aquella tolerancia del caudillo de una tribu feroz de los árabes mas temidos de aquel desierto nos admiraba. En general, los árabes y aun los mismos turcos no permiten visitar solos ninguna ruina de antiguos monumentos; creen que estas ruinas encierran inmensos tesoros guardados por los genios ó los demonios, y que los europeos conocen las palabras mágicas con que se descubren, y como no quieren que se los lleven, observan la mayor vigilancia sobre los francos en estos países; nosotros, por el contrario estábamos enteramente abandonados á nosotros mismos; ni siquiera teniamos con nosotros un guía árabe, y los hijos de la tribu se habian apartado por respeto. No sé en qué consiste esta respetuosa deferencia del emir de Balbek en esta circunstancia; acaso nos toma por emisarios de Ibrahim-Bajá; lo cierto es que somos harto poco numerosos para inspirar temor á una tribu entera de quinientos á seiscientos hombres acostumbrados á pelear y á vivir del fruto de sus rapiñas, y sin embargo no se atreven á acercarse á nosotros, ni hacernos preguntas, ni á oponerse á ninguno de nuestros pasos; podiamos quedarnos un mes en los templos, hacer escavaciones, llevarnos los mas preciosos fragmentos de aquellas esculturas, sin que nadie se opusiera á ello. Mucho siento; como en el mar Muerto, no haber sabido de ante-